

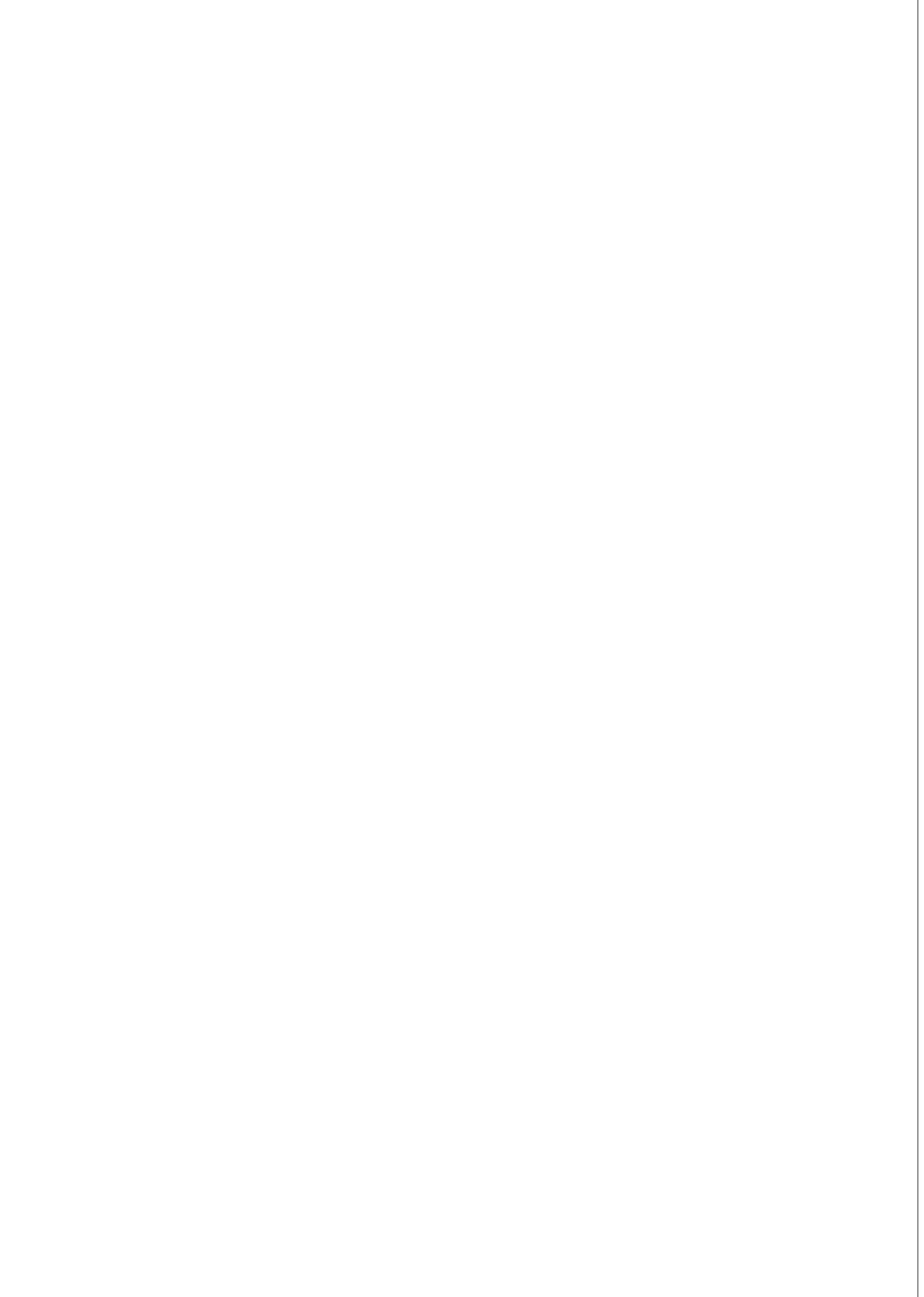
NAHOKO UEHASHI

MORIBITO

II



EL GUARDIÁN
DE LA OSCURIDAD



NAHOKO UEHASHI

MORIBITO

II

EL GUARDIÁN
DE LA OSCURIDAD

Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Teresa Tellechea
Coordinación gráfica: Lara Peces
Diseño: Julián Muñoz

Título original: *Yami no Moribito*
Traducción: Gonzalo Fernández (www.gonzalofernandez.es)

Publicado por primera vez en Japón en 1999
por Kaisei-Sha Publishing Co., Ltd.
Derechos de traducción al español
por acuerdo con Kaisei-Sha Publishing Co., Ltd,
a través del Centro Japonés de Derechos Extranjeros
y la agencia literaria Ute Cörner, S.L. (www.uklitag.com)

© Nahoko Uehashi, 1999
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

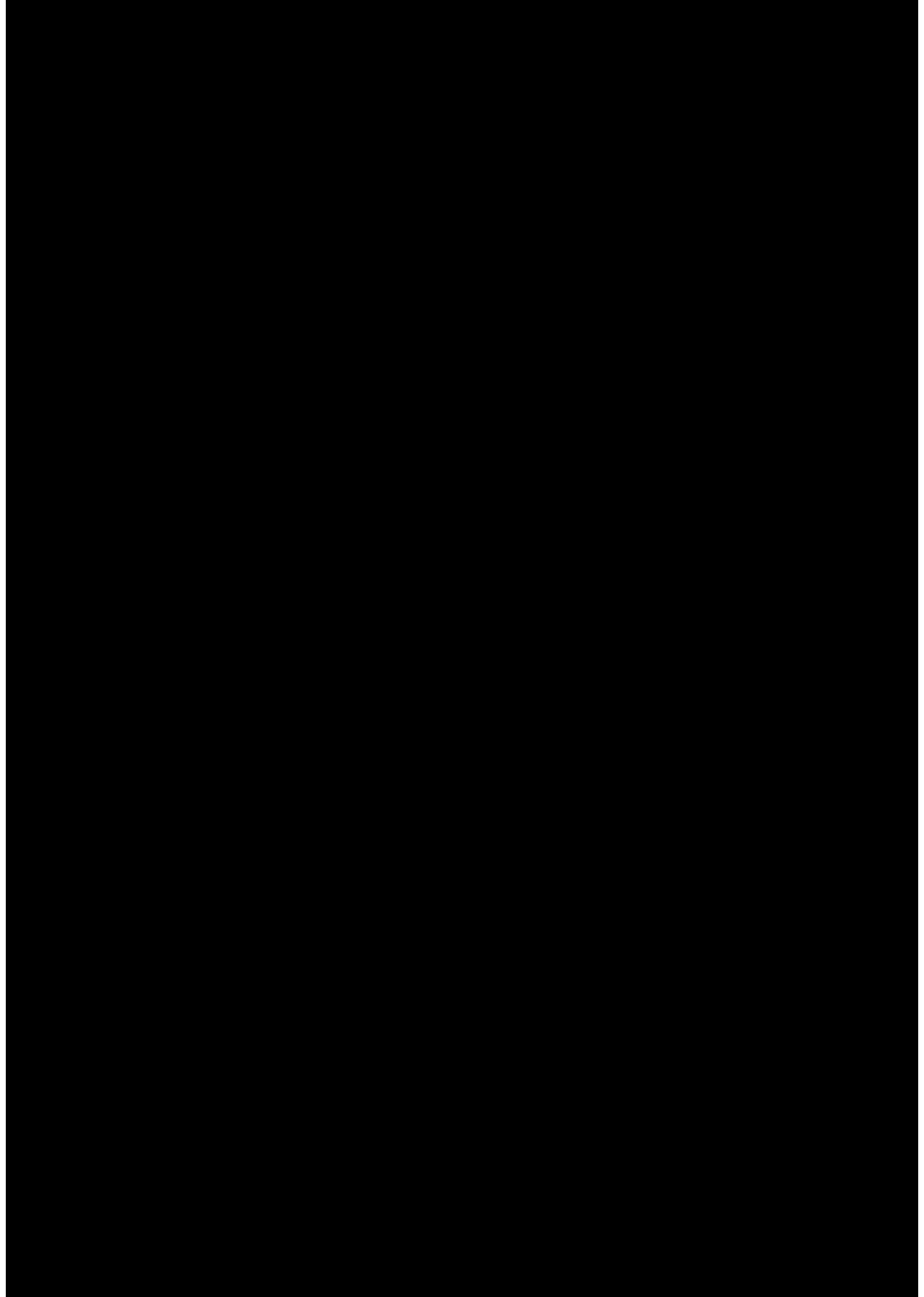
ISBN: 978-84-675-9062-3
Depósito legal: M-24633-2016
Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IRBITO

PRIMERA PARTE

EN LA OSCURIDAD



EL GUARDIÁN DE LA OSCURIDAD

Balsa se detuvo en una cornisa junto a la entrada de una cueva. A sus pies, en la distancia, se veían las montañas de la Niebla Azul. De la boca de la cueva manaba una corriente que se precipitaba hacia un pozo situada mucho más abajo, envolviendo a Balsa en la estimulante fragancia del agua fresca. El verano seco y caluroso ya había terminado, y el verdor del follaje comenzaba a perder intensidad. En menos de un mes, las laderas de las montañas estarían cubiertas por un manto de hojas.

9

Balsa cerró los ojos. El sol poniente quedó marcado en el interior de sus párpados en forma de círculo rojo. Ya había estado una vez en aquella cornisa, después de atravesar las cuevas llorando de la mano de Jiguro, su padre adoptivo. Entonces solo tenía seis años, y se había estremecido a la vista del país extranjero que se extendía a sus pies, sin poder imaginar la vida que allí los esperaba. Ahora, años más tarde, se ganaba la vida como guardaespaldas errante. Era morena; tenía el pelo estropeado por el sol, la lluvia y el viento, y lo llevaba recogido en una coleta hecha de cualquier forma. De su vieja lanza colgaba un hatillo con todas sus pertenencias. Hacia el sur, aquellas montañas la separaban de Nuevo Yogo, donde vivían todos sus seres queridos, y hacia el norte, al otro lado de las cuevas, se encontraba su país natal, cuyo mero nombre, Kanbal, era suficiente para hacer bullir su memoria con amargos recuerdos.

Allí era adonde debía ir ahora.

Con los ojos aún cerrados, recorrió con un dedo las curvas de una larga línea tallada en el mango de su lanza. «Primera bifurca-

ción a la derecha. Segunda a la derecha, tercera a la izquierda...». Casi podía oír la voz grave de Jiguro recitando la ruta que representaba la marca.

Las agrestes tierras de Kanbal se extendían por los contornos de la cordillera del Yusa, que ellos llamaban «cordillera madre», bajo la cual se ocultaba un entramado laberíntico de cuevas. Los padres advertían con insistencia a sus hijos sobre los peligros de aquellas cuevas, y les contaban historias sobre la oscuridad gobernada por el rey de la montaña y los terribles *hyohlu* que protegían su reino. Pero a pesar de estas advertencias, casi todos los niños de Kanbal se aventuraban unos metros hacia el interior al menos una vez en su vida. Cerca de la superficie, la roca era caliza, pero una vez dentro se transformaba enseguida en *hakuma*, un mineral de color blanco muy liso. Poseer un trozo de *hakuma* era la mayor prueba de coraje entre los niños kanbaleses, pues demostraba que su dueño se había adentrado en la oscuridad hasta donde ya no alcanza la luz del sol. Cada pocos años, uno o dos niños desaparecían en las cuevas: tal vez devorados por los *hyohlu*, como aseguraban sus padres, o quizá simplemente perdidos en el laberinto de túneles.

A Balsa también le habían enseñado a temer las cuevas y, aunque había sobrevivido a incontables batallas solo con su fuerza y su valor, ahora que estaba ante la entrada que daba acceso a las sombras sintió un terror muy familiar en el estómago. Podía haber entrado a Kanbal por el puesto fronterizo oficial como cualquier otro viajero. Rogsam, el rey de Kanbal que durante quince años la había perseguido para asesinarla, había muerto hacía ya una década. Ella era la única persona viva que sabía cómo se había alzado con el trono, aunque ya no tenía que temer posibles represalias y podía cruzar la frontera sin ninguna precaución. Pero, a pesar de ello, quería volver a Kanbal atravesando la misma cueva por donde había salido. De alguna forma, sentía que aquello era lo que le correspondía hacer: volver en la oscuridad sobre sus propios pasos, de regreso a su país natal.

Había hecho todo lo posible por olvidar Kanbal. Las heridas físicas se habían curado con el tiempo; pero las de su alma no habían llegado nunca a cicatrizar, y cuanto más se esforzaba por ignorar el dolor, más parecía avivarse. Solo quedaba una solución: tenía que regresar y enfrentarse de una vez por todas a su pasado.

Abrió los ojos, respiró hondo y se despidió en silencio de las montañas de la Niebla Azul y de todos aquellos a los que dejaba atrás en Nuevo Yogo. A continuación, se dio media vuelta y se adentró en la oscuridad con paso firme.

Balsa empezó a andar pegada a las rocas, cuidándose de mantener la distancia con la corriente de agua. La luz a su espalda fue disminuyendo hasta convertirse en un punto minúsculo y desaparecer; pero ella siguió avanzando despacio, con los ojos bien abiertos y una mano siempre en la pared. Sabía que la roca caliza sobre la que caminaba daría paso enseguida al *hakuma* y, luego, a *lyokuhaku*, piedras de color verde lechoso. Según la leyenda, si alguien se adentraba lo bastante en las cuevas, podía llegar a encontrar el palacio del rey de la montaña, del cual decían que estaba construido con la gema más preciada en Kanbal: la *luisha*, una piedra luminiscente de color azul. Pero ahora, lo único que Balsa deseaba era poder ver por dónde pisaba.

«Nunca enciendas una luz dentro de las cuevas».

La voz de Jiguro resonaba en su mente. Parecía que había sido ayer, en vez de hacía tantos años.

«Los *hyohlu* odian el fuego. Si enciendes una antorcha o un farol, lo olerán y te localizarán enseguida. La única forma de atravesar las cuevas y salir con vida es caminar despacio, con la mano en la pared».

Tal vez intentaba calmarla con su manera torpe de dirigirse a una niña pequeña que no paraba de llorar de miedo.

«No te preocupes. Yo conozco el camino».

Mientras tanteaba en la oscuridad con pies y manos, su mente volvió en el tiempo hasta los sucesos que habían forzado su mar-

cha de Kanbal. Jiguro era un hombre de pocas palabras, muy distinto al padre de Balsa, Karuna, al cual le gustaba hablar y reír. A pesar de ello, habían sido muy buenos amigos. Karuna era el médico de Naguru, el rey de Kanbal, y Jiguro servía al rey como consejero y experto en artes marciales.

Lo más irónico es que esa buena fortuna fue lo que los llevó a los dos a la tragedia. El rey Naguru siempre había sido un hombre enfermizo, y un invierno cayó en cama con una gripe que se prolongó hasta la primavera. Su hermano pequeño, el príncipe heredero Rogsam, vio su oportunidad y ordenó a Karuna que envenenara al rey. Si Karuna se negaba o intentaba desvelar su conspiración, mataría a Balsa, su hija de seis años.

Consciente de la crueldad de Rogsam, Karuna se vio obligado a hacer lo que le pedía. Le solicitó permiso para usar un veneno que le debilitara poco a poco a lo largo de un periodo de tiempo, de forma que en el palacio todos atribuyeran la muerte de Naguru a su enfermedad y no a un asesinato. Rogsam aceptó. Al principio observó muy de cerca a Karuna; pero cuando este empezó a administrarle el veneno y vio que el rey se iba debilitando de forma progresiva y evidente, relajó la vigilancia. Después de todo, a esas alturas Karuna ya no podía traicionarle.

Pero Karuna conocía bien al príncipe, y estaba seguro de que, una vez que el rey hubiera muerto, también se querría deshacer de él. Incluso iría más lejos y mataría a Balsa para evitar represalias en el futuro. Durante el tiempo ganado con la lenta muerte de Naguru, Karuna le contó a Jiguro lo que ocurría y le suplicó que salvara a su hija.

Jiguro lo dejó todo. Abandonó la vida que había conocido hasta entonces para ayudar a su amigo.

Balsa se detuvo un instante antes de seguir. Aunque entonces solo tenía seis años, sus recuerdos de la noche en que Jiguro había escapado con ella permanecían frescos y claros como el cristal. Era una noche calurosa, hacia el final de la primavera. En el aire flotaba el dulce aroma de las flores; los árboles y el muro de piedra

que rodeaba la casa proyectaban largas sombras sobre el césped. En Kanbal, las casas se construían con piedras de mucho grosor para protegerlas contra las inclemencias de los largos y crudos inviernos. A Balsa le encantaba sentarse en el ancho alféizar de la ventana, desde donde veía el jardín. Hacía muchos días que Karuna no volvía del palacio y Balsa, que había quedado al cuidado de una empleada, le esperaba allí sentada, con los pies descalzos colgando hacia fuera, ansiosa por ver aparecer a su padre.

Entonces se oyó un golpe seco, como un choque entre dos objetos blandos. Desconcertada, Balsa miró hacia el lugar donde se había producido el ruido. Allí vio a Jiguro, abriendo la cancela de madera que daba acceso al jardín y arrastrando un enorme paquete. Cuando se dio cuenta de que aquel paquete era un hombre, un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a cabeza.

Jiguro miró a Balsa y se llevó un dedo a los labios. El hombre estaba inconsciente; Jiguro lo puso con cuidado en el suelo junto al muro del jardín, a la sombra de unos arbustos, lo amordazó y lo ató a un árbol. Luego le indicó a Balsa con un gesto que bajara de la ventana, y ella se deslizó en silencio hasta el suelo, moviéndose como si estuviera en un sueño.

Jiguro le puso una mano en el hombro y susurró a su oído:

–Tu padre me ha pedido que te saque de aquí. Tienes que venir conmigo inmediatamente.

Balsa levantó la vista hacia él.

–Pero la chica que me cuida dice que ya es casi la hora de cenar –replicó–. Tengo que decirle adónde voy.

–No puedes decirle nada, Balsa. Si sabe que te has escapado conmigo, podría tener problemas muy serios. ¿Ves a ese hombre de allí? Estaba esperando para matarte. Si no quieres morir, tienes que hacer lo que yo te diga.

Dicho aquello, cogió a la niña de la mano y echó a andar tirando de ella. Balsa empezó a sollozar en silencio.

–Mis... mis zapatos –susurró cuando ya llegaban a la cancela.

–Ah, sí –dijo él–. He venido preparado.

Jiguro se agachó y sacó unos zapatos de su mochila. Eran demasiado grandes, pero se los ató bien fuerte.

–Te tendrás que arreglar con esto –añadió volviendo a ponerse de pie.

Entonces, agarrándola del brazo con su robusta mano, la arrastró hacia fuera.

Ahora, muchos años después, Balsa avanzaba con decisión por las cuevas, cada vez a mayor profundidad. Se mordió el labio; su cabeza era un hervidero de recuerdos. Desde el día en que había huido con Jiguro a través de esta misma oscuridad, hasta la muerte de Rogsam quince años después, su vida había sido un infierno. Seis meses después de su fuga, unos trabajadores emigrantes de Kanbal les contaron que Karuna había sido asesinado por unos bandidos. Aquel fue un golpe muy duro; durante aquellos primeros meses de miedo y confusión, la esperanza de volver a ver a su padre algún día era lo único que había mantenido a la pequeña Balsa en pie. Llegado aquel momento, Jiguro le explicó todo: por qué habían asesinado a su padre y por qué ellos dos habían tenido que escapar. Habló con ella como si ya fuera adulta, y un odio atroz hacia Rogsam echó raíces en su corazón; un odio que se convertiría en un nudo enquistado en lo más profundo de su ser.

Juró que mataría a Rogsam y le suplicó a Jiguro que la enseñara a luchar. Él se negó.

–Las artes marciales son para los hombres –fue su argumento–. Tú eres una chica. Por mucho que te esfuerces, nunca tendrás la fuerza suficiente para llegar a algo. Además, todavía eres una niña y el entrenamiento podría afectar a tu crecimiento.

Pero ella no estaba dispuesta a abandonar tan fácilmente. Cuando Jiguro se levantaba de madrugada a entrenar, ella se levantaba con él y lo observaba con atención, imitando todos los movimientos de sus tablas diarias de ejercicios. Poco después, Jiguro empezó a trabajar de guardaespaldas al servicio de un comerciante muy rico, y desde entonces ella se apresuraba hacia el escenario de cada refriega para estudiar su forma de luchar.

Pero un día ocurrió algo horrible: uno de los sabuesos de Rogsam los localizó. Balsa había visto a Jiguro luchar en muchas ocasiones, pero jamás había visto un combate tan cruento como aquel. Los dos hombres parecían representar un baile, atacando, protegiéndose, blandiendo sus lanzas más rápido de lo que sus ojos le permitían ver. Cuando la lanza de su oponente le rebanó el hombro, Jiguro le devolvió el golpe hundiéndole la suya en el pecho.

El olor a sangre y la agonía de la muerte convirtieron las piernas de Balsa en gelatina. No se podía mover. Ni siquiera cuando vio a Jiguro derrumbarse sobre su rival, como si él también estuviera muriendo. Pero no estaba muriendo: se quedó tirado encima del cadáver de su oponente, con un llanto ahogado y la respiración convulsa. Era la primera vez que le veía llorar.

Hasta mucho tiempo después, no supo por qué había llorado. El hombre que Rogsam había enviado para matarle era uno de sus mejores amigos. El rey no solo era poderoso; también era cruel. Después de aquel incidente, Jiguro accedió por fin a enseñar a Balsa a luchar; si sus perseguidores lo mataban, a ella le vendría bien conocer algunas técnicas de combate.

Balsa se entregó al entrenamiento en cuerpo y alma; cada golpe de su lanza y cada sacudida de sus puños caían con todo el peso del odio con el que cargaba su corazón. Aunque solo tenía ocho años, luchaba como una endemoniada, sin miedo a resultar herida.

–Eres una luchadora nata –murmuró Jiguro un día–. A lo mejor tu destino era dedicarte a las artes marciales –lo que dijo a continuación quedó grabado a fuego en la memoria de Balsa–. Descubrirás que, cuando aprendes a luchar, los conflictos parecen seguirte allá donde vayas. Si pudiera, me gustaría ahorrarte una vida de combates y derramamiento de sangre. Pero no tengo elección.

Y tampoco tenía elección respecto a su propia vida, pues, por mucho que corrieran, los asesinos de Rogsam siempre los aca-

baban encontrando. Pero Jiguro era fuerte, más fuerte que todos ellos. Cuando Rogsam murió, había matado a ocho de sus mejores amigos para salvar su vida y la de Balsa.

Balsa volvió al presente de golpe al notar un cambio en la corriente de aire. Deslizó la mano por las rocas hasta que quedó con los dedos flotando en la nada; la pared terminaba allí de forma brusca. Arrastró los pies con mucho cuidado hacia delante, palpando en la oscuridad hasta que tocó con la mano las rocas al otro lado. Había llegado a la primera bifurcación.

1
6

Volvió a repasar la marca tallada en el mango de su lanza. La había copiado en un impulso de la lanza de Jiguro cuando este murió, sin saber si algún día la necesitaría. «Si cometo un error, siempre podré volver sobre mis pasos», se reafirmó. «Lo único que tengo que hacer es recordar cuántos giros he dado y en qué dirección». Sin embargo, estaba empezando a lamentar su decisión de volver a través de las cuevas. «Tal vez haya sido orgullo innecesario, pero ahora ya no puedo hacer nada». Cuanto más tiempo pasaba en aquella oscuridad densa e impenetrable, más sentía que le faltaba el aire. Tenía que hacer un esfuerzo por dominarse y no salir corriendo. Además de la obvia estupidez que suponía correr a ciegas, sus pisadas resonarían por todos los rincones de las cuevas, y si los *hyohlu* la oían, no saldría nunca de allí con vida.

Retrocedió con cuidado hasta que su mano tocó la pared correcta y dobló la esquina. El próximo giro sería en ese lado. «El próximo a la derecha, luego a la izquierda. Y después de un giro más a la izquierda, debería encontrar la salida». La corriente de agua, que llevaba rugiendo de forma constante en sus oídos desde el principio, se fue desvaneciendo de forma gradual a sus espaldas; sus sandalias de caña amortiguaban sus pisadas y su respiración parecía sonar ahora a un volumen desproporcionado en medio de aquel silencio.

Acababa de alcanzar la siguiente bifurcación, y estaba doblando la esquina cuando percibió un acre olor a humo y una imagen

le vino a la memoria: una noche de ventisca, en pleno invierno, su padre volvía a casa con una antorcha en la mano que olía exactamente igual que esta, embadurnada de sebo para que no se apagara ni con el viento ni con la nieve.

Un grito la devolvió de golpe a la realidad. El aullido retumbó en las paredes y su eco se extendió por las cuevas. Era la voz de una niña, estridente y aguda.

Balsa dejó su bolsa en el suelo, cogió su lanza y avanzó rápido pero con cautela a través de la oscuridad. La maraña de cuevas y galerías distorsionaba el sonido, lo cual hacía casi imposible localizar el origen del grito. Pero en la siguiente bifurcación vio una luz y salió corriendo hacia ella, tratando de recordar el camino de vuelta.

Para sus ojos adaptados a la oscuridad, la luz de la antorcha parecía tan brillante como el sol; la llama se reflejaba sobre las piedras blancas de *hakuma* con un resplandor que iluminaba la caverna entera. Entonces, un rayo de luz atravesó el aire con un silbido y golpeó la antorcha, apagando la llama. Todo volvió a la oscuridad, pero la imagen ya había quedado impresa en la mente de Balsa: un niño sujetando en alto una antorcha con la espalda contra la pared y, un poco más allá de donde se encontraba él, una niña asustada en el suelo.

El humo de la llama extinguida le indicó el camino hacia el lugar donde había visto al niño. Por su respiración entrecortada, Balsa supo que todavía estaba vivo y, puesto que tampoco olía sangre, estaba casi segura de que no estaba herido. Cuando llegó a su lado, lo agarró del hombro y el niño ahogó un grito de pánico.

—¡No hagas ruido! —susurró Balsa—. ¿Qué ha pasado?

—Mi herma... mi hermana... un *hyohlu*...

Balsa se volvió hacia la niña. Algo muy extraño acechaba en la oscuridad al otro lado de ella. Dirigiendo su lanza hacia ese lugar, Balsa exhaló muy despacio. No había duda: aquellos eran los segundos de calma que siempre preceden a la batalla; la adre-

nalina empezó a correr por sus venas y el mundo quedó reducido a ella y su enemigo. Balsa había sido instruida para luchar incluso en la oscuridad y estaba preparada para lo que pudiera ocurrir. Pero lo único que se veía era un brillo azul, débil y luminiscente. Con los ojos muy abiertos, desvió la mirada levemente hacia un lado hasta que pudo adivinar una forma dentro de la difusa luz azul. «Así que eso es un *hyohlu*», pensó Balsa. Una sensación de frío intenso caló hasta sus huesos.

1
8

Finalmente dio un paso hacia delante, y él hizo exactamente el mismo movimiento. Cuando amenazó con su lanza, él repitió el gesto con la suya. Era como mirarse en un espejo. Una tensión densa y crepitante los envolvió a los dos y un fogonazo de calor recorrió el cuerpo de Balsa. Una energía rodó hacia ella y golpeó su pecho como una ola al romper contra un acantilado. Balsa saltó hacia su oponente, pero, justo antes de clavarle la lanza, algo se convulsionó en su interior y retiró el arma con un movimiento rápido. Una ráfaga de aire oscuro la rozó en el costado, pero pudo desviar la lanza del *hyohlu* hacia un lado con más facilidad de la esperada; al impactar las armas, saltaron chispas. La lanza enemiga, aprovechando la inercia del golpe anterior, describió un nuevo arco sobre su cabeza. Las armas chocaban a una velocidad mareante, atacando, defendiendo y girando en el aire como molinos de viento. Balsa ya no se guiaba con los ojos, ni siquiera con la conciencia; su cuerpo se movía de forma automática, apurando hasta el último momento para repeler los golpes del *hyohlu* y preparar un nuevo ataque.

De repente, una extraña sensación se apoderó de ella. Era como si estuviera bailando en un sueño con su oponente como pareja y cada movimiento condujera de forma natural al siguiente en un comfortable ritmo que controlaba su cuerpo. Aunque sus lanzas volaban a velocidad de vértigo, el tiempo parecía avanzar despacio, como si fuera líquido.

«Esto ya lo he hecho antes», pensó asombrada. «Hace mucho tiempo». En efecto, había algo familiar en aquel *hyohlu*; le recor-

daba a alguien a quien debía de haber conocido. El movimiento de sus lanzas se fue ralentizando, y la tormenta que se había desatado entre ellos se fue asentando poco a poco hasta que los dos quedaron inmóviles, en perfecta calma.

Balsa exhaló una bocanada de aire y descubrió, perpleja, que durante todo aquel tiempo no había respirado. El combate, que había parecido tan largo... ¡en realidad no había durado más que un suspiro! Creyó ver al *hyohlu* hacer una pequeña reverencia, y ella respondió inclinando la cabeza. La extraña figura de tenue brillo azul volvió a retirarse hacia la oscuridad y Balsa se quedó atónita mirando cómo desaparecía.

«¿Qué ha sido eso?», se preguntó. En vez de una lucha desesperada a vida o muerte, tenía la impresión de haber mantenido una conversación sin palabras. Una vez, hacía muchos años, durante un entrenamiento con Jiguro, sus movimientos habían llegado a sincronizarse con tal perfección que parecían haberse fundido en un único flujo.

–¡El baile de las lanzas! –exclamó él, incrédulo, en aquella ocasión–. De modo que has llegado hasta ese nivel...

Balsa sintió un sudor frío. ¿Era posible que aquella aparición no hubiera sido un *hyohlu*, después de todo? ¿Era posible que hubiera sido Jiguro? «¡No seas ridícula!», se reprendió. «Jiguro murió hace seis años. Lo enterraste con tus propias manos».

En aquel momento escuchó un débil gemido detrás de ella. La niña. Balsa volvió en sí y se dio media vuelta. Avanzó con precaución hacia el lugar donde calculaba que debía de estar la niña y, estirando la mano, tocó a la pequeña.

–Ya ha pasado todo –susurró–. El *hyohlu* ya se ha ido. ¿Estás herida?

–Mi pie... –contestó la niña entre sollozos.

Balsa sintió que el niño se acercaba inseguro, palpando en la oscuridad hasta que consiguió encontrarla. Ella cogió su mano y la llevó hasta su hermana.

–Gina, ¿estás bien? –pregunto el chico con un hilo de voz.

–¡Kassa! –exclamó la niña.

–Ya ha pasado todo –repitió Balsa en un tono tranquilizador–. Pero tenemos que salir de aquí. Yo llevaré a tu hermana. Agárrate al mango de mi lanza y sígueme sin hacer ruido.

El niño ayudó a su hermana a subirse a la espalda de Balsa. Haciendo un esfuerzo por recordar la ruta que había seguido para llegar hasta ellos, volvió al pasillo donde había dejado su bolsa. Cuando por fin salieron de las cuevas, la luna ya se estaba ocultando en el oeste.